EL DÍA QUE EL CALENDARIO CAMBIÓ PARA SIEMPRE



“Paula, Magui ha muerto”.

Esas fueron las palabras que mi padre me escribió aquella mañana a las 8:30…

Ahí fue cuando el calendario cambió de repente. Sin avisar. Sin miramientos.

Cuando nuestro mundo se resquebrajó en una milésima de segundo.

Al principio no me lo creí. Me quedé en shock.

Nos habíamos dado los buenos días como cada mañana y, apenas media hora después, recibí la noticia que nunca pensé que tendría que recibir.

Lo más rápido que pude, les llamé por videollamada. Me contaron cómo te habían encontrado, sin vida, en la cocina.

Lloramos.

Lloramos por el vacío que dejarías a partir de ese momento.

Lloramos por todo el amor que ya no podrías darnos.

Por los paseos que no volveríamos a dar a tu lado.

Por no volver a verte recibirnos moviendo aquel pequeño rabito lleno de alegría.

Lloramos sin más.

Cuando colgamos, me desplomé en los brazos de mi pareja. Las lágrimas apenas me dejaban ver.

Lloré como nunca había llorado.

Lloré desde el alma.

Porque una parte de ella se había ido aquella mañana contigo.

Tú eras el amor más puro que conocía.

Cuando volvíamos a casa nos recibías como si hubiera pasado una vida desde la última vez que nos habías visto. Alegre, saltando, lamiéndonos, moviendo el rabito.

Jamás juzgabas.

Solo amabas.

Para ti éramos tu vida. Y tú, para nosotros, eras una más de la familia. Te mimábamos y te adorábamos como a una niña pequeña.

Y ya no volverías a estar.

Así comienza nuestra historia.

Una historia de amor infinito y duradero que siempre llevaremos en el corazón.